

## El cadáver de James Joyce / JosÃ© LuÃ­s Peixoto

Cuando terminÃ© de escribir mi primera novela me recluÃ­ en casa durante dos semanas. En ese tiempo cerrado al mundo vivÃ­ cada mirada de cada personaje, cada esperanza, cada angustia. En ese momento era muy joven. Creo que si lo hubiese hecho hoy, me habrÃ­a suicidado en el Ãºltimo dÃ­a de esas dos semanas, como desenlace lÃ³gico. La lÃ³gica, el absurdo de la lÃ³gica y la lÃ³gica precisa, milimÃ©trica, del absurdo son para mÃ­ asuntos que me absorben, como si de hecho fueran la primera regla de mi vida. Pero, como dije, era muy joven, y ese pÃ¡nico aÃ±o no habÃ­a alcanzado las dimensiones actuales que, junto con otros pÃ¡nicos y cansancios, acabarÃ­n por ser mi fin. En ese tiempo yo era mi Ãºnico lector y nadie esperaba nada de mis palabras. La vida era menos difÃ­cil, en consecuencia. Me consideraba un gran escritor desconocido y era casi feliz porque cerraba los ojos ante muchas cosas.

El primer dÃ­a que salÃ­ a la calle, luego de esas semanas, aÃ±o llevaba en la mirada la mirada de los personajes, me paseÃ© por Lisboa como si no conociera Lisboa, como si me admirara todo. Las horas de esa tarde frÃ­a de enero pasaron y yo pasÃ© con ellas. Poco a poco dejÃ© de ser los personajes para ser el narrador: una voz mÃ¡s grande que yo, una voz que habÃ­a surgido en la novela como una voz de la tierra. DescribÃ­, sÃ³lo para mÃ­, las paredes, las palomas caminando lentamente en el suelo, como si todas las palomas fueran una criatura mÃ¡s grande que se hincha y se hace pedazos. DescribÃ­, sÃ³lo para mÃ­, a las personas que me miraban, e imaginÃ© que ellas me imaginaban. Pero tambiÃ©n, poco a poco, el narrador saliÃ³ de mÃ­, tal vez asustado por el ridÃ­culo de ser un narrador describiendo mentiras dentro de una persona, y volvÃ­ a ser lo que soy: una cosa absurda cualquiera en busca de una lÃ³gica imposible y que se llama ZÃ© LuÃ­s. Con todo, luego de dos semanas de observar palabras, luego de un aÃ±o de desenterrar palabras, yo era alguien que Ãºnicamente podÃ­a hacer cosas grandiosas. SÃ³lo esa idea me parecÃ­a lÃ³gica. EntrÃ© en una librerÃ­a del Chiado. Me vi entrando en la librerÃ­a e imaginÃ©: JosÃ© LuÃ­s Peixoto entra en una librerÃ­a, donde aÃ±o se ignora la importancia de sus palabras. Creo que el narrador aÃ±o debÃ­a de estar dentro de mÃ­, escondido en algÃºn rincÃ³n oscuro.

No sÃ© cÃ³mo explicarlo. TomÃ© un ejemplar de Ulises del anaquel y empecÃ© a leer. Nunca lo habÃ­a leÃ­do todo. AÃ±o no lo he leÃ­do. No creo que alguna vez lo lea todo. Sin embargo, tomÃ© un ejemplar del anaquel y leÃ­ dos pÃ¡rrafos. Me gustaba que Joyce escribiera asÃ­. El efecto que esa breve lectura tuvo en mÃ­ fue inesperado. InstantÃ¡neamente, me acordÃ© de haber leÃ­do, hacÃ­a algunos aÃ±os, en una enciclopedia de mi hermana, que James Joyce estaba enterrado en ZÃ©rich. TambiÃ©n recordÃ© que entonces habÃ­a acabado de leer Dublineses y que sentÃ­ algo sublevÃ¡ndose en mÃ­. En la librerÃ­a, sin que mis libros vieran la librerÃ­a, me imaginÃ©, secretamente, como un hÃ©roe. Yo habÃ­a escrito una de las mÃ¡s grandes novelas de la historia de la literatura. Yo Ãºnicamente podÃ­a hacer cosas grandiosas.

En casa, guardÃ© dos camisas dentro de una mochila y salÃ­. TenÃ­a dinero y fui a Santa ApolÃ³nia. ComprÃ© un billete para ZÃ©rich. No sabÃ­a que se podÃ­a ir a ZÃ©rich en tren, pero me informaron que el Sud-Express iba a salir en pocos minutos y que, apenas llegando a Francia, debÃ­a cambiar de tren. Todo el trayecto lo hice de pie. Me asustaba la idea de no poder controlarme y de contarle mis planes a cualquier emigrante de ParÃ­s o a cualquier francÃ©s que iba a hacer un viaje usando Inter-Rail y que compartiese conmigo el vagÃ³n. Estaba siempre mirando por la ventana e, interrumpido de vez en cuando por revisores, pensÃ© todo el tiempo que iba a llegar a ZÃ©rich y que iba a desenterrar el cuerpo de James Joyce y que lo iba a llevar a DublÃ­n, de donde nunca debÃ­a haber salido. CambiÃ© de tren y lleguÃ© a ZÃ©rich.

El dÃ­a estaba por terminar. TelefoneÃ© a mi madre y le dije que estaba en Rossio. Estaba en un telÃ©fono pÃºblico Suiza. Tengo una licenciatura en alemÃ¡n. Tengo un diploma sellado que garantiza que soy licenciado en alemÃ¡n. Bajo el sello falta decir que fueron cuatro aÃ±os de triquiÃ±uelas y ayudas de parte de algunos colegas mÃ¡s caritativos. Pero, pese a ello, mi alemÃ¡n bÃ¡sico me sirviÃ³ para alquilar un cuarto en una pensiÃ³n pequeÃ±a, minÃ³scula, justo al lado del cementerio. La seÃ±ora de la recepciÃ³n, con las manos sobre los papeles de registro, se llevÃ³ las gafas a la punta de la nariz cuando le dije que insistÃ­a en quedarme en el cuarto Ã­nfimo, que tenÃ­a una ventana del tamaÃ±o de una caja de fÃ³sforos con vista al cementerio. ColoquÃ© la mochila en la Ãºnica silla que cabÃ­a entre la cama y la pared, y pasÃ© la noche, arrodillado en la cama, atisbando el negro del cementerio: el blanco de las tumbas dibujado en el negro, las formas de los Ã¡rboles esculpidas en el negro.

Cuando saliÃ³ el sol mis piernas estaban adormecidas. BajÃ© para desayunar: tostadas y cafÃ© con leche que la seÃ±ora de la recepciÃ³n me sirviÃ³, contrariada. ComÃ­ lentamente. No tengo apetito en las maÃ±anas. Di cuenta de tres cigarrillos hasta que abrieran el portal del cementerio. Dos ancianas y yo fuimos las primeras personas en entrar. IntentÃ© encontrar la tumba yo solo, pero me perdÃ­. Me topÃ© con una de las ancianas, que cambiaba las flores marchitas de una jarra, y le preguntÃ©: Â¿James Joyce? Nunca he oÃ­do hablar de Ã©l. No le expliquÃ©. Hay cosas que no vale la pena tratar de explicar. CaminÃ© toda la maÃ±ana, dando vueltas en el cementerio, mirando nombres, mirando fechas. Por fin, era ya la hora del almuerzo, estaba con hambre y con frÃ­o, encontrÃ© la tumba de James Joyce. Estaba abandonada. Ninguna anciana le iba a cambiar las flores marchitas, no tenÃ­a flores. TenÃ­a musgo alrededor de las letras. James Joyce escrito con musgo.

VolvÃ­ a la pensiÃ³n. La seÃ±ora de la recepciÃ³n se asustÃ³ con mi llegada. Se asustÃ³ aÃ±o mÃ¡s cuando le preguntÃ© por el almuerzo. Pan, dos salchichas fritas y dos huevos estrellados por la seÃ±ora de la recepciÃ³n con un delantal de volantes. SalÃ­ para comprar un pico y una pala. Tuve que seÃ±alarlas con el dedo. No sÃ© decir pico en alemÃ¡n. Fui a mi cuarto para dormir y soÃ±ar. Me despertÃ© a mitad de la noche. Enseguida me despertÃ© por completo, como si no me hubiese despertado, como si no hubiese dormido. TomÃ© el pico, la pala y la mochila. SalÃ­ del cuarto sin hacer ruido. Me montÃ© en el techo de un Mercedes que estaba estacionado y saltÃ© el muro del cementerio. BusquÃ© el

camino que conocí-a y fui directamente a la tumba de James Joyce. Enfilé la punta del pico en una de las juntas del mÁrmol y las forcé. El mÁrmol no sonaba como si se moviese. Cuando mis fuerzas ya se agotaban, cerré los ojos y, con toda la voluntad de mis brazos y de todo mi cuerpo, escuché que el mÁrmol cedía-a. Empecé a cavar. El pico y, después, la pala. El sonido del pico y, luego, el sonido de la pala. Mi entusiasmo crecía-a. Luego, el pico que acertaba en algo. El tesoro. La pala que sacaba la tierra suelta. Mis manos que sacaban la tierra suelta. La tapa del ataúd se quebró bajo mis pies. Aparté pedazos del ataúd. Ah- estaba James Joyce. As- su brazo derecho, la mano que escribía Ulises, y los huesos se separaron por las juntas. Tomé el cráneo: los ojos de James Joyce, los dientes de James Joyce. Me sorprendí el poco peso del cráneo de James Joyce, el cráneo donde nació el Ulises. Miré al cielo y no encontré la luna. Algunas estrellas entre las nubes. En la noche me sentí grandioso y feliz. Guardé todo lo que me parecía que pertenecía a James Joyce dentro de la mochila. Los huesos, unos contra otros, hacían un ruido suave. Salí de la fosa y empecé a taparla con palas llenas de tierra. Animado por el peso de James Joyce en mis hombros, empujé de nuevo la piedra sobre la tumba. Por la mañana estaba en la estación de trenes.

Á Á Á Á Sentado en un vagón, llevaba la mochila en el regazo. Pensaba que era revelador que James Joyce, justo ahí, pesara menos que la mayoría de las ediciones del Ulises, cuando en el paso de la frontera el tren aminoró la marcha hasta que se detuvo. Entró un policía-a, bigote y patillas, y me pidió el pasaporte. Se acercó a la mochila y preguntó: ¿Chocolates? Sorry. Salí. Medio cigarrillo después, el tren continuó. El paisaje, los árboles desnudos, los estanques de agua, me dejaban pensar. A veces, las aldeas. En la pequeña estación de una aldea cenicienta y verde decidí bajar. Entré en un café, conocí a un señor. Me ofreció un cuarto, me ofreció trabajo para ocuparme de cinco vacas. Me enamoré de la hija del señor. Guardaba la mochila detrás de una cómoda. Pasaba las noches en el cuarto al lado de la hija del patrón, Sabine era su nombre, pensando en ella y sufriendo por ella. A veces sacaba a James Joyce de la mochila y lo extendía sobre la cama para que no se enmoheciera. Hacía tres meses que no me sentía orgulloso.

Á Á Á Á Cuando decidí partir, ya era primavera. Tres de las cinco vacas iban a parir, pero yo estaba harto de amor no correspondido y Dublín me esperaba. De madrugada, me dirigí a la pequeña estación y tomé el primer tren que pasaba en dirección a París. No fui a la Torre Eiffel, ni al Arco del Triunfo, ni al Louvre. Telefoneé a mi madre y le dije que estaba en Rossio. Estaba en el teléfono público de una estación de París. Cambié de tren. Estaba cansado. Hasta James Joyce, tan leve, me parecía demasiado pesado. Consideré a lo largo la posibilidad de abandonarlo en un contenedor de basura de París y regresar a casa en avión, pero yo no soy de los que desisten. Yo no soy de los que desisten. Mientras tengo un resto de fuerzas, tengo un resto de esperanzas. Yo no soy de los que desisten. Y llegué a Calais. Los barcos estaban llenos y solamente podré continuar el viaje al día siguiente. Timé a un inglés. Le robé su billete y también le habré robado la cartera y el reloj si se me hubiera antojado, pero el billete me bastaba. En Inglaterra viajé siempre en autobús. Pasé la mitad del tiempo mareado y la otra mitad durmiendo, con la boca abierta, tumbado sobre el pasajero de al lado, abrazado a James Joyce. En Londres decidí tomar un avión directo a Dublín. Estaba muy cansado y muy sucio. Ahora volaré a vaca. Tengo la nostalgia de los personajes de mi novela, y ganas de llamar a mi madre y decirle que estaba en Rossio "estando justo en Rossio.

Á Á Á Á Después del check-in, después de haber radiografiado la mochila como equipaje de mano, después de que me avisaran con un guiño que no se podía viajar con comida, pero que por esta vez pasaba, me senté en una de las sillas de primera clase. La azafata me quitó una paja del cabello y me sirvió champán. Respiré. A cientos de metros de altura, abrí un tanto el cierre de la mochila y miré a James Joyce. Confí en mí, ya somos amigos, lo puse en mi asiento y fui al baño. Me lavé la cara. Cuando volví, dos niños estaban jalando a James Joyce de un lado al otro. Agarré la mochila, furioso, y me contuve para no darle un coscorrón al pequeño. Su madre, sentada al lado, se despertó y dijo: Oh, Sean. Quería llegar a Dublín. El aterrizaje fue suave.

Á Á Á Á Las calles, los pubs, las personas. Crucé tres puentes hasta llegar a un parque. En el parque caminé hasta encontrar un árbol que me agradase. Era un árbol grande, tal vez un plátano. Entre las raíces cavé con las manos. Primero la hierba, luego la tierra. La noche crecía lentamente en la tarde. Pasaban personas que me miraban por un instante, pero todas desviaban la mirada. Cuando no hubo nadie, ni en los senderos del parque ni atrás de los arbustos, metí a James Joyce, dentro de la mochila, en el hueco y lo cubrí con tierra y con una capa de hierba. Miré un instante el sitio donde lo dejé y consideré que había hecho algo bueno. Me alejé en dirección al aeropuerto. Sentí una falta en el corazón. Sentí pena de dejar a James Joyce. En ese momento aún no sabía a que quien deja las cosas que ama dispersas por el mundo, siempre siente la falta de algo, donde quiera que esté. Fui a Lisboa. A la noche siguiente dormí en mi cama, abrazado al manuscrito de mi primera novela. Traducción del portugués de Renato Sandoval Bacigalupo